

Cocina fantasma - Parte II

Autor: Ross-Raisin

Durante los siguientes cinco, diez o veinte minutos, se sumergió en el ritmo embotado y atemporal del trabajo: hundía la cesta una y otra vez, observando las burbujas y el leve estallido de diminutas exhalaciones que emergían a la superficie del estanque negro de grasa. A su alrededor, solo el zumbido bajo del trabajo ininterrumpido: el arrastre de pies, el suave chisporroteo de la comida friendo, el ronroneo del extractor. Notó que Zac, a veces, hablaba en voz baja consigo mismo mientras trabajaba, como si estuviera dentro de un sueño. En un momento dado, un golpe y un grito ahogado atravesaron la pared del pod contiguo —tan cerca que casi podía tocarse, pero tan ajeno como otro universo.

Sean había vuelto a olvidarse de comer, y el estómago le daba vueltas mientras procesaba canasta tras canasta de patatas. Con alarma, vio que el hombre bajito lo observaba desde el pasillo. Concentrado en otra palada de patatas pálidas y congeladas, la piel se le erizó al oír la risa del hombre. Pero al mirar de reojo, comprendió con alivio que, en realidad, no lo miraba a él, sino más allá, al final de la fila, donde Mehmet estaba plantado justo detrás del hombre alto. Una de las cúpulas de papel rizado reposaba, boca abajo, sobre su cabeza, como un sombrero en miniatura. Sean intentó ignorar el aceleramiento temeroso de su sangre cuando el hombre bajito pasó a su espalda. Volvía a reír, y cuando Sean giró la vista, Mehmet colocaba otra cúpula detrás de la primera. El hombre siguió con sus tareas, las cúpulas en la cabeza como si fuera un juego de fiesta, hasta que Mehmet añadió una tercera, formando una línea, una cresta de cúpulas que le recorría el centro del cráneo.

—Mira, Dougie —dijo Mehmet al hombre bajito, que se doblaba de risa con las manos en las rodillas—. ¡Así de grandes son sus cabezas!

A su lado, entre él y el hombre alto, Zac observaba fijamente el pescado flotando frente a él. Sean hundió otra cesta, siguiendo con la mirada los restos de patatas perdidas y ennegrecidas que derivaban contra la costra grasienta del metal, negándose a alzar la vista hasta terminar.

Ahora una pirámide de cúpulas coronaba la cabeza del hombre. Mehmet, con los brazos cruzados, admiraba su obra mientras Dougie, a su lado, se desternillaba. Mehmet dio un paso adelante, frunció los labios y sopló para derribar las cúpulas. Cayeron al suelo... excepto una, que aterrizó en el líquido hirviendo de la freidora del hombre. Por un instante, Sean creyó ver el destello de ira en su rostro, y una excitación lo recorrió ante la posibilidad de que reaccionara. Pero cualquier instinto de represalia que hubiera surgido en él fue rápidamente contenido. Lo observó —Zac también miraba ahora abiertamente— mientras usaba las pinzas para sacar con cuidado la cúpula, ya marrón y arrugada, de la freidora y la arrojaba al cubo junto a sus rodillas. Mientras tanto, Mehmet y Dougie se alejaban juntos hacia el almacén.

Al final de la noche, la ropa de Sean se había secado hasta quedar rígida, y la llovizna constante de aceite le había provocado rojeces en el antebrazo derecho. Mehmet se acercó a él mientras Zac le mostraba cómo vaciar y limpiar su freidora. Le dijo que podía trabajar el resto del fin de semana si quería.

—Luego veremos. Quizá te quedes más tiempo.

—Vale —respondió Sean.

Cuando miró hacia la fila de freidoras, el hombre alto ya se había ido.

Durante los dos días siguientes, se adaptó a una nueva rutina: repartos desde media mañana hasta la tarde; luego, tras un sándwich rápido envuelto en papel de aluminio y guardado en el fondo de su mochila, pedalear hasta el almacén para trabajar en las freidoras hasta bien entrada la noche. Lo ascendieron a pescados. Zac le explicó los tiempos de cocción para cada uno, que Sean anotó en la base de una de las cajas de comida. El hombre alto estaba allí, en su freidora habitual al final de la línea, ambos días. Una agitación muda recorría a Sean cada vez que Mehmet o Dougie se acercaban a él, aunque, por lo que pudo ver, no ocurrió nada. El hombre simplemente trabajaba con rapidez y silencio, sin interrupciones.

A medida que avanzaba el fin de semana, el tiempo seguía dilatándose, perdiendo su forma. Hubo algunos momentos de calma esporádicos; también largos periodos de calor intenso y sudor. Los pedidos nunca cesaban. Día y noche. Con cada ping del teléfono y cada nuevo pedido en la pantalla parpadeante del pod, se entregaba a la corriente incesante de la demanda, un hambre digitalizada que nunca podría saciarse. Esta nueva vida, se repetía, era la adecuada para él ahora. Era dueño de sí mismo, de su propio tiempo, capaz de perderse en el trabajo. Y el pod, oculto de la ciudad, de la gente, era un lugar donde el resto del mundo, su familia y el pasado habían dejado de existir.

Tarde en la noche del domingo, mientras vaciaba el aceite de su freidora y raspaba las negras verrugas de masa coagulada de los bordes con una espátula metálica, oyó que Mehmet lo llamaba desde el almacén. Al entrar, lo encontró sentado en un rincón sobre un cajón invertido. Dos de los otros estaban allí: un chico que había trabajado el sábado y el hombre alto. Mehmet sacó de un bolsillo interior de su chaqueta vaquera un puñado de sobres blancos, que colocó sobre el enorme cubo de salsa de curry a su lado. Los otros dos se acercaron ligeramente.

—Cola —dijo Mehmet, lacónico.

El hombre alto se situó automáticamente detrás de Sean cuando el chico se adelantó. Este, tomando el sobre que Mehmet le tendía, murmuró un gracias y abandonó la habitación.

—No te importa que sea en efectivo —afirmó Mehmet, sin alzar la mirada para esperar respuesta, mientras abría uno de los sobres. Sacó un billete de veinte libras del pequeño fajo que había dentro y, ahora sí, levantó la cara, sonriendo, hacia el hombre detrás de Sean—. Ups. —Deslizó el billete en otro sobre—. Debí contar mal.

Le tendió a Sean el sobre con los veinte de más. Una compulsión por no aceptarlo, por no dejar al hombre solo en aquella habitación con Mehmet, lo mantuvo clavado en el sitio —Mehmet lo observaba, interesado— hasta que sintió cómo esa resistencia se debilitaba y lo abandonaba.

Mehmet soltó una risotada breve.

—Habrá más la próxima semana. Ahora vete, lárgate. Misma hora mañana.

Sus piernas ya no le pertenecían. Le dolían constantemente, una molestia que, la mayor parte del tiempo, lograba ignorar. Algunas noches, al salir del almacén, se detenía en la gasolinera de la circunvalación y compraba dos bolsas de hielo. De vuelta en su habitación, extendía sobre el colchón un trozo irregular de lona que había encontrado colgando de un arbusto y se tumbaba con las bolsas bajo los muslos. Días

enteros pasaban sin sentarse —salvo en el sillín, o durante la breve pausa entre sus dos trabajos, cuando se acomodaba un poco más abajo del almacén, en un hueco entre los arbustos, encaramado sobre un neumático tras la valla de una nave de chapa ondulada. A esa hora aún había movimiento en la zona: figuras de hombres tras las ventanas enrejadas del almacén de vaciados; furgonetas saliendo del área vigilada. Pero sobre todo, repartidores. Un flujo constante de ellos, yendo y viniendo, cada uno en su capullo de música y viento, todos indiferentes al riesgo que suponía adentrarse en ese páramo industrial, a la amenaza latente de violencia.

Un par de veces llegó al almacén unos minutos antes y se unió a Zac en el lateral del edificio para fumar un cigarrillo. Allí, durante la extraña y breve intimidad de apoyarse juntos contra el viejo colchón que los fumadores habían arrimado a la pared, Zac le contó que los pods llevaban casi un año en funcionamiento. Él estaba allí casi desde el principio, avisado por un amigo. «No me lo creí cuando lo vi. Como encontrar una fábrica de drogas en medio del bosque». Le explicó que los dueños de la Unidad 3 —hombres que Sean nunca había visto— habían tenido dos freidurías en la ciudad. «Quebraron, ¿no? O casi. Así que alquilaron una nave aquí cuando empezó el boom de las dark kitchens. Les pagan todo lo caro: alquiler, luz y demás, así que solo tienen que cubrirnos a nosotros, el pescado y una tonelada de patatas congeladas. Y la comisión, claro, que no será barata... pero mientras lleguen pedidos, ¿quién se queja?». Mientras hablaba, el hombre alto apareció tras la valla y la maleza, caminando por el sendero. «A mí ya me tienen en nómina, y es lógico... tienen que cubrirse, ¿no? Los únicos que no están en nómina, aparte de novatos como tú, son los ilegales». Hizo un gesto hacia donde el hombre desaparecía tras la esquina. «Pero a esos no les cuestan casi nada. Para el resto, ni existen. Son fantasmas».

Ya fuera que los pedidos llegaran a raudales o de forma constante, el hombre alto siempre trabajaba al mismo ritmo —movimientos rápidos y precisos, su estación impecable. Sean había notado, además, que se esmeraba más que los demás al montar los pedidos, colocando cada elemento con exactitud —el pescado, la cúpula de guisantes o salsa curry, el inútil gajo de limón— en lugar de embutirlo todo entre un montón de patatas como hacían Zac y los otros. Casi todas las noches, Mehmet o Dougie lo hostigaban al menos una vez: dejando caer sus pinzas al suelo, susurrándole al oído o pellizcándolo una y otra vez. Lo de los sombreros de cúpulas claramente era su favorito. Apilaban cuantas podían sobre su cabeza, intentando batir su récord.

Qué fácil era no hacer nada; dejar que se volviera normal. Pero cada noche, cuando pedaleaba de vuelta por el sendero entre las sombras industriales, un sentimiento de culpa renacido se le pegaba al cuerpo mientras repasaba cada incidente y pensaba en todas las formas en que podría haber intervenido. Pensamientos que, para cuando llegaba a su habitación con sus bolsas de hielo, siempre lo llevaban de vuelta al dique.

Una tarde, dos semanas después de establecerse en su doble rutina, el primer pedido de Sean fue un takeaway vietnamita de la Unidad 1. Al entrar en la zona de recogida, donde su pedido lo esperaba en un estante, oyó un grito proveniente del pasillo. Se acercó y vio a Dougie en la Unidad 3, sujetando al hombre alto por detrás, inmovilizándole los brazos. Mehmet estaba frente a él, sus narices casi rozándose, hablándole en la cara mientras le daba golpecitos en el vientre. Sean escuchaba su propia respiración mientras observaba al hombre empezar a forcejear. La cara y el cuello de Dougie estaban rojos por el esfuerzo de retenerlo —el hombre era más grande, más fuerte— y, con un grito, logró zafarse. Por un instante, sus puños quedaron extendidos a ambos lados de la cabeza de Mehmet, y Sean estuvo seguro —el hombre gritaba ahora en otro idioma— de que iba a golpearlo. Pero Dougie le clavó la rodilla en la espalda y al instante se desplomó, los brazos de nuevo atrapados, mientras entre él y Mehmet lo arrastraban hacia el almacén.

Sean se alejó en bicicleta, al principio despacio, como si una parte más valiente de él aún pudiera

detenerse y volver. Pero pronto iba cada vez más rápido, la cadena chirriando bajo él. ¿Qué podía haber hecho, en realidad? Eran dos, ambos más fuertes que él. Ahuyentó la molesta conciencia de lo que Frank habría pensado; lo que Frank, en su lugar, habría hecho. Un crujido repentino surgió de abajo, la cadena soltándose del piñón. La bici perdió estabilidad, zigzagueando, y Sean se inclinó hacia un lado por el peso abrupto de la mochila, hasta que logró detenerse. Se quedó quieto un momento para recuperar el aliento. Allí, en el silencio del pasillo tras la empresa de trituración, su respiración volvía a ser pesada. Se bajó y, al agacharse para arreglar la cadena, un espasmo de dolor le atravesó el costado. Cayó al suelo, la bicicleta desplomándose torpemente sobre su cuerpo. Hubo voces —caras blancas asomándose sobre él— y un nuevo dolor en la rodilla derecha, alguien le daba una patada.

—«Joder, quítasela».

Lo arrastraban hacia atrás por el asfalto —luego lo sentaron a la fuerza, su pecho resonando con el forcejeo de manos que le arrancaban la mochila. Tres chicos, nerviosos, salvajes. Un nuevo terror lo invadió, haciéndole girar el cuerpo para ver sus caras —pero no los reconocía, estaba seguro; eran distintos. Uno se arrodilló frente a él y le inmovilizó las piernas. Al inclinarse, su rostro quedó tan cerca que Sean pudo ver un pequeño sarpullido en el pelo sobre su oreja, mientras le quitaba las correas de la mochila con una habilidad y delicadeza casi tierna, y los otros le presionaban los tobillos con dolor.

—«¡Ya está! ¡Vámonos!»

Sean los vio escapar corriendo por el pasillo con la mochila. Luego miró la bici de Frank, aún tirada junto a él, demasiado vieja para robar. En el suelo, cerca, trozos de papel seguían el contorno del edificio como un rastro de confeti. Los chicos se detuvieron y abrieron la mochila. La imagen del hombre siendo arrastrado al almacén relampagueó en su mente; el pensamiento de que este ataque era un castigo merecido.

—«¿Esto es una broma?» —la voz de uno de ellos resonó entre las paredes—. Tiró la mochila y mostró las cajas de comida apiladas—. «Es puta comida japonesa».

Permaneció en la cama, despierto, hasta bien entrada la mañana. Los pings empezaban a llegar —había encendido la app por costumbre— pero los dejó sonar, aunque sabía que hoy no saldría a repartir. Le dolía la cadera, tenía los tobillos magullados. Yacía boca arriba, los pensamientos flotando sobre él. Cada nuevo ping interrumpía el sueño flotante del día anterior, instándolo a levantarse. Frank —inclinándose sobre él, sonriendo y sacudiendo la cabeza— pinchándolo para que moviera el culo de la cama.

Se levantó y caminó con cuidado hasta el rincón de la habitación. Seguía vestido, así que solo recogió la sudadera del suelo y, lentamente, se la puso antes de salir. El cambio trasero no funcionaba bien. Había vuelto a colocar la cadena el día anterior, pero algo rozaba más de lo normal, ahora torcido. Necesitaba llevar la bici al taller, o finalmente dejarla ir. Al llegar a la gasolinera, la encadenó al soporte junto al cajero. Una anciana repostaba su pequeño coche marrón en la bomba más cercana a la tienda. Estaba de pie en un cuadrado de sol, agarrando la manguera con ambas manos, el cuerpo tenso por el esfuerzo de sostenerla. Sean caminó hacia la entrada, observándola terminar de llenar el depósito y forcejear luego para sacar la boquilla. Dudó, inseguro de si ofrecer ayuda sería descortés, pero con un último tirón la mujer lo logró —y por un momento se quedó allí, triunfante, el metal goteando en sus manos, como una guerrera. Sean entró en la floristería. Avanzó directamente hacia las flores sin detenerse a elegir entre las dos variedades disponibles; ya había pagado y salido antes de que la anciana llegara siquiera a las puertas corredizas de la entrada.

Con las flores extendidas sobre el manillar, sujetas por un extremo con su reloj de pulsera y por el otro

con una goma elástica, los pétalos temblaban al ritmo de la bicicleta. Un entumecimiento comenzaba a expandirse por su cuerpo: el lento narcótico del ritual ascendiendo por su espina dorsal, su cuello, infiltrándose en su cerebro. Solo el dolor punzante de su rodilla derecha, con cada pedalada, lograba atravesar esa niebla. Ya estaba cerca. Aquí los almacenes se espaciaban más. Entre algunos de ellos, claros abandonados bañados de sol se habían llenado de hierbas altas, madrigueras, amapolas solitarias. Sean siguió pedaleando, en constante alerta, hasta llegar al dique.

Un hilillo de agua sucia serpenteaba bajo la lejana orilla. La hierba de la ribera estaba bañada en luz dorada —y Sean podía verlos allí, como siempre, riendo, bebiendo, los pies colgando sobre el agua. Bajó de la bicicleta y la apoyó contra el muro agrietado y lleno de grafitis que coronaba el lado cercano, luego caminó junto a la pared hasta el lugar. No había mucho: los restos marchitos de flores anteriores —no las suyas— y su envoltorio de plástico deshecho. La funda de documentos clavada en la pared con un clavo oxidado, las palabras de la carta dentro difuminadas por un halo azul de tinta. Arrojó las flores viejas al otro lado del muro y colocó las nuevas. Permaneció un momento inmóvil. Luego descendió por la pendiente y saltó el dique, trepando hasta el pequeño rellano de hierba donde se sentó. Detrás de él, más allá del muro, retumbó el paso de un tren. Se quitó los zapatos y los calcetines y dejó que el agua marrón engullera sus dedos, cerrando los ojos ante el recuerdo del otro grupo llegando, los cuatro atravesando el muro derruido. Sus gritos burlones cruzando el dique. Provocaciones —al principio en broma— pero Frank y sus amigos tensándose, una historia pendiente con esos chicos, y el primer pedazo de ladrillo estrellándose cerca de la mano de Frank, sus amigos levantándose, gritando, saltando el dique para enfrentarse a ellos. Sean lo sentía con intensidad ahora: su desesperada necesidad de que Frank no se uniera, de que se quedara con él. El sonido gutural que le había brotado de la garganta, suplicándole que volviera.

Abrió los ojos. Un pájaro diminuto saltaba en la otra orilla. Bajó hasta el agua y bebió. Sean lo observó mientras regresaba al borde superior, donde los fantasmas de cuerpos jóvenes y masculinos se enredaban en una lucha feroz —uno del otro grupo, su rostro oscurecido por la sangre, forcejeando para soltarse de su amigo y, en un instante, todos embistiéndose en un caos de brazos, puños, gritos, y la mano que se alargaba para recoger el trozo de ladrillo roto. Sean no alcanzaba a distinguir, en la velocidad del momento, qué cuerpo era el que caía al suelo mientras los demás huían.

Mantuvo la bicicleta en el centro de las calles, rodeando los almacenes en lugar de cortar por los callejones. Pero no había nadie, el aire muerto excepto por el rumor lejano del tráfico circundando la ciudad y el ocasional estruendo de un tren a sus espaldas. Al girar hacia el sendero que llevaba a los pods, redujo la velocidad y se dirigió al hueco entre la espesura de arbustos. Bajó y empujó la bicicleta hasta la valla metálica expuesta al sol como una costilla al aire, sentándose sobre el neumático para esperar.

Cada pocos minutos, un repartidor pasaba veloz por el camino. No lo veían, oculto en su escondite. Con cada destello de color, Sean tuvo la extraña sensación de estar viéndose a sí mismo: recogiendo, entregando, acelerando siempre hacia el siguiente pedido, el siguiente pedido. Aquí, en este refugio frondoso, todo lo demás se intensificaba. El sonido lejano de una máquina hidráulica. La risa baja y cercana de un hombre tras la pared de la nave. Mientras escuchaba, su mano —como ajena a los pensamientos de su cerebro— se deslizó hacia el bolsillo. Sacó el teléfono y pulsó una de las notificaciones, un buzón de voz —que, al abrirse, reveló una lista uniforme de intentos por contactarlo. Llevó el teléfono al oído y la voz de su madre resonó de inmediato en su cabeza, tan fácil y familiar como si lo llamara a cenar. «...queríamos saber cómo estás y si necesitas algo. También avisarte que iremos a visitarlo, y sabemos que quizá no quieras, pero si deseas venir con nosotros...» Cortó el mensaje, pero antes de guardar el teléfono su mente ya estaba otra vez en el dique. Ellos no sabían que él iba allí; creían que había cortado ese vínculo de su vida, que solo ellos preservaban la memoria de lo ocurrido.

A través del follaje, Sean distinguió la figura del hombre alto acercándose. Por primera vez, cayó en la cuenta de que llegaba a pie, y sintió curiosidad por la distancia que recorría; el mismo trayecto de vuelta a casa, en la oscuridad, más tarde. Casa. El pensamiento de sus padres —luego la imagen ajena de su habitación alquilada vino a su mente: un lugar que, por la presión del tiempo, se había convertido en una especie de hogar; o al menos, en un refugio de él. El hombre estaba ya lo bastante cerca para que Sean oyera el crujir de sus botas en el camino. Cuando faltaban unos metros, Sean emergió de su escondite. El hombre se detuvo en seco, mirándolo con desconcierto.

—"Llegué un poco antes", dijo Sean. Luego, ante el silencio del hombre: "Trabajo donde tú. En la Unidad 3".

El hombre miró el neumático, el montón de basura acumulada contra la valla.

—"¿Entramos juntos?" —preguntó Sean.

El hombre no respondió, pero esperó a que Sean sacara la bicicleta y caminaron juntos hacia el almacén. Sean no había pensado en qué decirle.

Cuando al fin se atrevió a mirarlo de reojo, notó que era mayor de lo que había supuesto. Pequeñas arrugas se marcaban en el rabillo de sus ojos, y un fino hilo plateado surcaba su cabello. Al acercarse al almacén, vio a Zac recostado contra el colchón, fumando junto a un par de trabajadores de otros pods. Zac los observaba avanzar por el sendero, y Sean sintió cómo su pulso se aceleraba, hasta que Zac desapareció de su vista al llegar frente al edificio. Empujó su bicicleta hacia el cobertizo para dejarla bajo llave, mientras el hombre, sin decir palabra, entraba al almacén.

Los pedidos llegaron sin sobresaltos, una noche de martes. Ni Mehmet ni Dougie estaban presentes y Sean sintió cómo se relajaba, entregándose al ritmo del trabajo. Le dolía la cadera, de tanto tiempo de pie, pero no pensó en el ataque ni en su visita al canal. En la freidora de al lado, Zac permanecía ensimismado; solo de vez en cuando se oía uno de sus susurros soñadores por encima del ruido de los extractores y el líquido burbujeante. Más adelante en la línea, el hombre alto se concentraba en sus pedidos con la misma intensidad de siempre. Sean se preguntaba qué pasaba por su mente mientras trabajaba; si temía el regreso de Mehmet y Dougie, o si a veces imaginaba cómo respondería ante ellos.

Al final del turno, cuando ya habían escurrido, raspado y secado las freidoras, barrido y fregado, refrigerado el pescado que no se había usado, el hombre fue el primero en terminar sus tareas de limpieza y se marchó de inmediato —dándole a Sean, al salir, un simple gesto de despedida con la cabeza.

Al día siguiente, Sean volvió a montar en bicicleta. Aceptó su primer pedido al mediodía —un gran pedido de bocadillos de delicatessen para un grupo de madres y bebés en un parque, que llenó su mochila tan apretadamente que la cremallera no llegó a cerrar bien— y siguió pedaleando toda la tarde hasta que pudo acomodarse, quince minutos antes del inicio de su turno en la cocina, en el hueco de los arbustos. El hombre no pareció sorprenderse esta vez. Se detuvo y esperó, como antes, a que Sean sacara su bicicleta, luego caminaron en silencio por el camino. Al llegar, Sean se volvió hacia el hombre antes de ir a dejar la bici bajo el resguardo.

—Sean.

El hombre lo miró. —Ebdo.

Durante los siguientes días, el breve paseo juntos se convirtió en una rutina. La misma hora cada tarde, el mismo saludo con la cabeza y el silencioso paseo por el camino. Sin embargo, el domingo por la tarde, Ebdo llegó unos minutos tarde. Una idea ansiosa se apoderó rápidamente de Sean: que algo había pasado, o que no debería estar haciendo esto —hasta que allí estaba el hombre, caminando hacia él de nuevo, como si nada. Sean se dio cuenta, mientras sacaba la bicicleta para alejarse juntos por el camino, de que sus brazos y piernas se relajaban de alivio, y en ese momento sintió el deseo de saber más sobre Ebdo, de hablar con él. Se preguntó si a Ebdo le parecía extraño este ritual que él había iniciado. Estaba lloviendo, muy suavemente —la fina llovizna era tan ligera que Sean, aún con el casco puesto, apenas la había notado— pero el pelo de Ebdo estaba completamente mojado, y Sean comprendió que debía venir desde bastante lejos.

—¿Desde dónde vienes? —preguntó Sean.

Durante unos segundos, Ebdo no respondió. Luego, cuando Sean pensaba que no había entendido, dijo: —Kurdistán.

—Ah —dijo Sean—. Un largo camino, entonces.

Sean volvió la cabeza, preocupado al instante de haber hablado fuera de lugar, pero Ebdo sonreía.

—Sí —dijo—, créeme.

Estaban a mitad de camino hacia el almacén y Sean sintió un deseo de seguir conversando así, de que la charla no se truncara en cuanto estuvieran con los demás. —Eres muy bueno en el trabajo, ¿sabes? —dijo—. Muy rápido. —Cuando Ebdo volvió a no responder, Sean añadió—: Mucho más rápido que yo.

—Pero tú tienes dos trabajos. —Señaló la mochila de Sean.

—Sí, claro. Un amante del castigo.

Mehmet estaba en la entrada, observándolos. Cuando se acercaron, Sean vio cómo sus ojos se movían entre ambos. —Vamos —gritó, dando dos palmadas mientras pasaban junto a los bidones de aceite usado—. ¡A currar, joder!

Los pedidos empezaron a entrar de inmediato, antes de que Sean tuviera oportunidad de preparar su puesto o siquiera calentar el aceite. Algo nacional estaba ocurriendo en el mundo exterior, recordó Sean vagamente —un partido, o una competición de televisión— y se respiraba tensión en el módulo: Mehmet caminando de un lado a otro detrás de ellos, dando palmadas o gritando para que fueran más rápido; la figura rosada de Dougie pasando entre los módulos por el pasillo. En un momento dado, Mehmet se inclinó para hablarle al oído, fuera del alcance de Sean, al chico del fin de semana, que se esforzaba por mantenerse al ritmo en la freidora de al lado. El chico asintió y se apresuró aún más en su tarea.

Habían transcurrido unas tres horas del turno, cuando los pedidos empezaban a ralentizarse, cuando comenzaron. Empezaron de la manera habitual: con los sombreros de cestas de papel, y Sean volvió a

percibir en Ebdo esa chispa de casi-represalia, pero él siguió adelante, llevando sus últimos pedidos terminados a las estanterías de recogida con las cestas sobre la cabeza para que todos los repartidores lo vieran. Un calor feroz de vergüenza se encendió en Sean —y luego ira, porque Ebdo permitía que le hicieran esto. Mehmet estaba apoyado en la pared frente a las freidoras. En una mano sostenía una caja de plástico con rodajas de limón. Sacó una, la sostuvo a la altura de los ojos, como un jugador de dardos, y la lanzó. La rodaja cayó —con un salpicón de aceite— en la freidora de Ebdo. La siguiente cayó justo cuando Ebdo sacaba la primera con las pinzas y, al fin, los sombreros rodaron de su cabeza. Una andanada de limones de Mehmet volaba ahora por el aire, golpeando la freidora, golpeando la espalda de Ebdo, y una cuerda de pánico se retorció en la columna de Sean al recordar los trozos de ladrillo atravesando el canal. Ebdo retiraba cuidadosamente cada rodaja espumosa del líquido, como si fuera una parte más del trabajo. Una desesperación porque Ebdo se defendiera crecía dentro del pecho de Sean. Sin embargo, Mehmet se había distraído, y se alejó para mostrarle algo en el móvil a Dougie. Sean abrió una bolsa nueva de patatas y las vació en su cajón.

Había una rodaja de limón en el suelo, cerca de sus pies. Intentó agacharse para recogerla, pero de pronto su cuerpo no respondió. Podía ver el trozo de ladrillo, aún en la mano de Frank. Recordó el breve momento de vacío después, Frank murmurando: “Mierda, mierda, mierda”. Luego, la cabeza del chico entre sus propios dedos, sin saber qué hacer, y al mirar arriba, ver a todos los demás, a Frank, corriendo.

Cuando los pedidos dejaron de llegar, Mehmet ya estaba en el almacén, con el móvil o preparando las nóminas. No había hablado aún con Sean sobre ponerlo en nómina. Cuando salió, llevaba los sobres en la mano. Recorrió la línea y dijo a cada trabajador, excepto a Ebdo, que podía apagar su freidora y terminar de limpiar. Poco después, el chico del fin de semana y Zac se habían ido. Solo quedaban Sean y Ebdo, Dougie y Mehmet. Mehmet sostuvo los sobres en alto.

—¡Venid a por ellos!

Por un instante, Sean y Ebdo cruzaron la mirada. Sean avanzó hacia Mehmet, que, de pie detrás de Ebdo, ya le tendía su sobre. Una vez lo tuvo, Sean no se movió. Mehmet lo miraba fijamente, pero Sean mantuvo los ojos en el sobre y se quedó donde estaba.

—Vete a casa —dijo Mehmet.

Dougie estaba junto a la entrada del almacén. Por el rabillo del ojo, Sean podía verlo saludando. —Adiós, adiós —canturreó Dougie.

Sean no miró a Ebdo al salir del módulo. En la zona de recogida, se detuvo. Un rectángulo oscuro de noche se extendía frente a él. La bicicleta de Frank esperando bajo el resguardo, el camino a casa —podía visualizarse avanzando hacia ella, como si otra persona saliera ahora de su cuerpo para alejarse de allí, para estar en la carretera y luego solo en su apartamento, subiendo rígido y feliz a su cama. Pero podía sentir —incluso mientras veía al fantasma de sí mismo marcharse— sus pies aún firmes en el suelo, y supo, antes de volverse para ver a Mehmet arrugando los billetes, a Dougie riendo, que no volvería a este lugar después de esta noche.

Al principio, ninguno de ellos lo notó. Ebdo miraba dentro de su freidora. Mehmet tenía la palma de la mano sobre la espalda de Ebdo, empujándolo suavemente hacia la freidora, y Sean comprendió. —Mejor que lo saques rápido —decía Dougie— y entonces se volvió hacia Sean—. ¿Qué coño haces tú todavía aquí? Pero su atención volvió enseguida a Mehmet y Ebdo, al espectáculo de la freidora. Si Mehmet sabía que Sean estaba allí, lo ignoraba. Observaba a Ebdo, vigilando de cerca cómo alcanzaba las pinzas.

—No —dijo Mehmet en voz baja—. Con las manos.

Ebdo miraba fijamente la freidora, a su dinero hirviendo en el aceite. Su expresión no revelaba nada, aunque Sean, acercándose, podía ver que la mano de Ebdo, cuando la levantó sobre la freidora, temblaba.

El dolor, durante el primer segundo o dos, no se notó. Luego llegó —desgarrante, como una espina de metal subiendo por las muñecas y el antebrazo de Sean.

Mehmet y Dougie quedaron paralizados mientras Ebdo reaccionó rápidamente —levantó la mano de Sean fuera del aceite y lo guió hasta un fregadero, el dinero amarillento aún agarrado en su mano hasta que Ebdo pudo sacarlo y colocó la mano y el brazo de Sean bajo el agua corriente —sosteniéndolo allí—, un dolor puro, electrizante, recorriendo el brazo de Sean hasta el hombro, el pecho, hasta que todo su cuerpo ardía, en un éxtasis de fuego.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando oyó el lejano gemido de la ambulancia atravesando la zona industrial. Estaba sentado fuera, en una silla de plástico que Ebdo había encontrado en la Unidad 2; una manta ignífuga, lo único blando del edificio, envuelta sobre sus hombros. Solo podía reconstruir fragmentos: Mehmet y Dougie huyendo hacia la noche, los billetes hervidos tirados en el suelo como flores húmedas, el sobresalto de un nuevo dolor cuando Ebdo envolvió lentamente su mano con film transparente. Ebdo, sentado en el suelo junto a él, también había oído la sirena. Empezó a levantarse y Sean metió apresuradamente su mano buena en el bolsillo del pantalón para sacar su propio sobre de la paga. Ebdo, de pie ahora sobre Sean, negó con la cabeza, sonriendo, y Sean dejó que la calma de la noche empezara a filtrarse en él —el resplandor de la ciudad, y más allá, sus padres en casa; Frank, esperando su visita— mientras observaba la llegada de la ambulancia y a Ebdo alejándose, su silueta desvaneciéndose gradualmente en el suave pulso azul del aire.

FIN

Fuente: Ghost Kitchen appears in the BBC National Short Story Award 2024 anthology (Comma Press, £8.99).

--Únete a la mejor plataforma literaria en español, *FICTOGRAMA.COM*, un universo de palabras y ficción--. -Texto escrito por Ross-Raisin